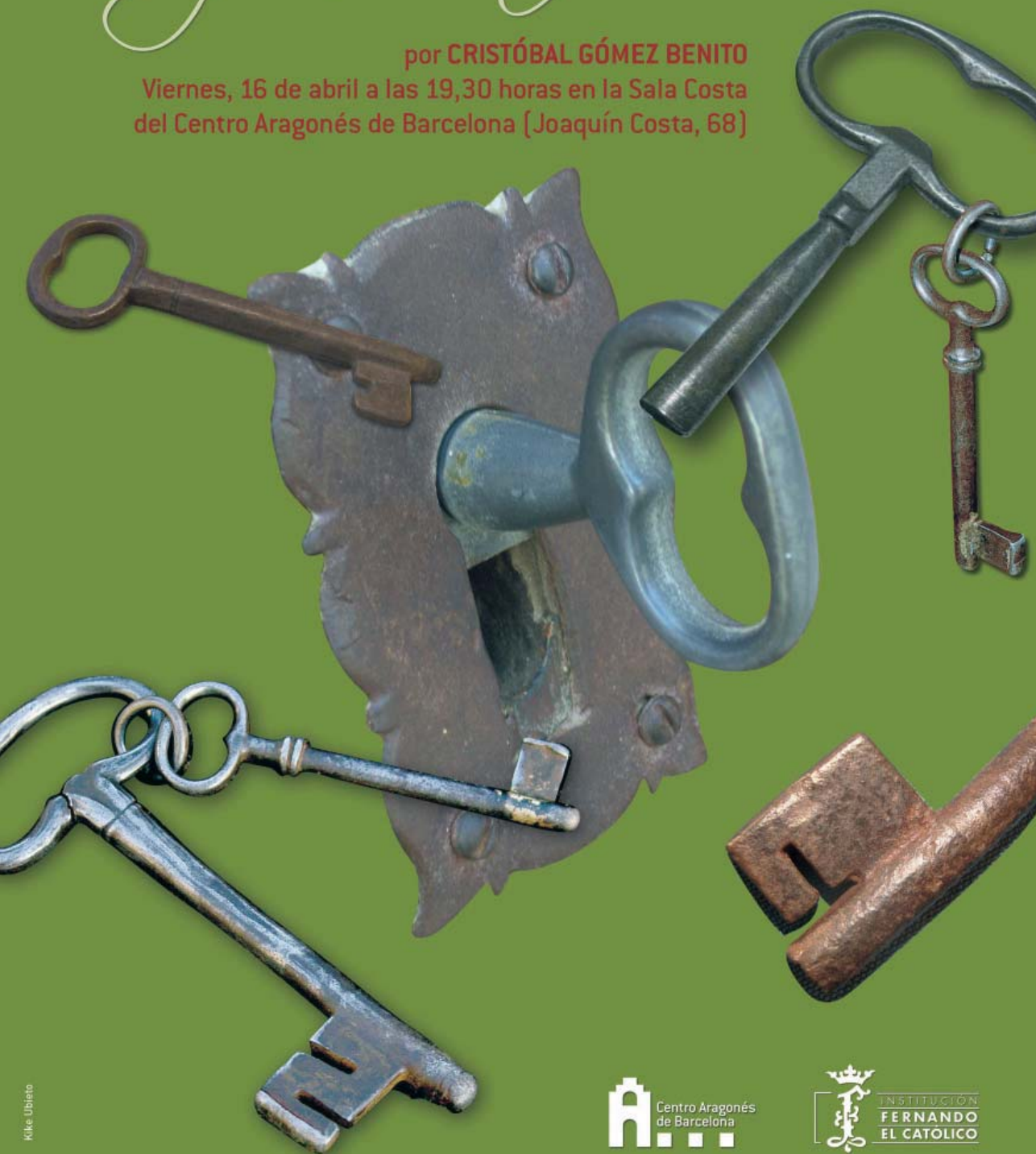


Joaquín Costa

y la cuestión social

por **CRISTÓBAL GÓMEZ BENITO**

Viernes, 16 de abril a las 19,30 horas en la Sala Costa
del Centro Aragonés de Barcelona (Joaquín Costa, 68)



UNA INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO REFORMISTA DE JOAQUÍN COSTA¹

CRISTÓBAL GÓMEZ BENITO

SOCIÓLOGO
UNED

Buenas tardes, quiero agradecer en primer lugar a la Institución «Fernando el Católico», en la persona de su director, el profesor Carlos Forcadell, y al Centro Aragonés de Barcelona, en la persona de su presidente, Jacinto Bello, el haberme dado la oportunidad de estar aquí con ustedes para hablar en torno a un aspecto de la obra de Costa, dentro de un ciclo que puede considerarse como prólogo del centenario de la muerte del gran pensador altoaragonés que se celebrará durante 2011. Un centenario que esperamos que pueda servir sobre todo para una cosa, para rescatar, reivindicar y poner en el lugar que se merece la obra, el pensamiento y la personalidad de Costa, sin duda alguna el intelectual español que mejor reunió en su propia persona diversas condiciones importantísimas. Antes de presentar a Costa como reformador social, especialmente como reformador agrario, quiero apuntar algunas peculiaridades de la figura de Costa.

Y para empezar quiero referirme a la gran paradoja del «caso» Costa: fue un gran político, aunque no desarrolló funciones de gobierno, ni siquiera llegó a estar en el Parlamento, pero su influencia política se dejó sentir no solamente en la España de su época, sino también hasta los años treinta del siglo XX. Fue un gran maestro y un gran intelectual, aunque no llegó a estar nunca en la universidad, pues por diferentes motivos se le cerraron sus puertas. Dejó una gran escuela, un gran legado en intelectuales de primera fila, como pudieron ser, entre otros muchos, Rafael Altamira, Pedregal, Salillas, Posada, etcétera, pero también dejó una gran huella en otros intelectuales como José Ortega y Gasset y Azaña, especialmente en su juventud, o en Unamuno, Azorín, Maeztu y otros muchos. Fue, como intelectual, una persona que desarrolló un trabajo ingente. Su obra es inmensa en campos tan dispares como la sociología, la historia antigua, la histo-

.....
¹ Transcripción de la conferencia impartida en el Centro Aragonés de Barcelona el día 16 de abril de 2010. Se ha respetado básicamente el texto original, corrigiendo formas, redundancias y errores de la expresión hablada, no leída y ligando mejor las diversas partes del texto.

ria contemporánea, la historia medieval, la pedagogía, la agricultura, el derecho, la geografía, la economía, la antropología, etcétera. Fue creador o impulsor de numerosas asociaciones como la Sociedad de Geografía Comercial y la de Africanistas, la Asociación para la Defensa del Libre Comercio, la Sociedad Abolicionista (de la esclavitud) y otras diversas organizaciones, como la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, la Cámara Agrícola del Alto Aragón, o la Liga Nacional de Productores. Intervino en todos los acontecimientos importantes que hubo en el último tercio del siglo XIX. Fue la figura intelectual más importante, la principal referencia moral en su época, especialmente a partir de 1898, tras el «desastre»; no hay ahora mismo en España, ni la ha habido en todo el siglo XX, una persona que haya sido el referente intelectual que significó Costa en su momento. Los más destacados intelectuales le reclamaron no pocas veces para que se pronunciase sobre diversas cuestiones cruciales para el país. No ha habido nadie, como digo, en la historia contemporánea española que haya sido una referencia colectiva tan destacada como Costa. Como se ha dicho, Costa fue la conciencia de España desde 1898 hasta su muerte en 1911. Pero a pesar de todos esos méritos, la fama de Costa declinó a mediados del siglo XX y hoy es casi un personaje prácticamente desconocido entre las nuevas generaciones y está poco presente en la literatura académica actual, si bien sigue siendo uno de los autores que es objeto de estudio por muchos especialistas de diversas disciplinas. Por eso, uno de los objetivos del centenario precisamente será reivindicar y dar a conocer a las generaciones más jóvenes la importancia que tuvo su obra.

Otro rasgo importante a destacar de la figura de Costa es que su pensamiento está en el centro, no político o ideológico, sino en el centro generador de un clima intelectual del que saldrán muchas derivaciones. De tal modo que desde el anarquismo hasta la extrema derecha han encontrado en las palabras de Costa, o en el pensamiento de Costa, referencias o guías para su actuación. Eso le ha beneficiado y le ha perjudicado. Le ha beneficiado porque demuestra la amplitud, complejidad y potencia de su pensamiento, y le ha perjudicado porque ha contribuido a crear, a veces, una imagen de Costa llena de contradicciones, confusa, si bien, una lectura atenta, profunda y sistemática de sus escritos pone en cuestión esa dispersión o esa confusión en su pensamiento, como se le ha criticado algunas veces. Se trata, pues, más de usos públicos de Costa que de la existencia de muchos Costas, contradictorios entre sí.

Un tercer rasgo muy peculiar es que Costa se ocupó de la gran política, de las cuestiones del poder, de las cuestiones de la democracia, de las cuestiones del parlamentarismo, de los partidos políticos, en fin, de las cuestiones de la teoría política. Aunque no fue un teórico de la política, se ocupó ampliamente de cuestiones políticas, de lo que se entiende por «LA» política. Pero se ocupó también, y eso es una cosa novedosa y original y única en el panorama español, y rara en cualquier circunstancia, de «LAS» políticas concretas: de la política comercial, de

la política agraria, de la política colonial, de la política pedagógica, de la política económica, hidráulica, etcétera. Reunía en su persona la condición del intelectual y del político, del científico social y del experto en multitud de campos. No hubo nadie en España que reuniera a la vez todos esos perfiles de forma tan notable. Por un lado, su excelencia como intelectual y como político, y por otro su competencia en el conocimiento de políticas concretas a las que él aportó numerosas iniciativas.

Un cuarto rasgo es que el programa de Costa tenía un carácter práctico, aplicable, contrastado por la experiencia (en la tradición española o en el ámbito internacional). Su obsesión era que las políticas fueran gacetables, que se pudieran llevar a la gaceta (el BOE de entonces) para hacerse prácticas, que fueran aplicables y ejecutables. Ese es uno de los componentes que también ha hecho que algunas veces a Costa se le vea como un técnico que ha tocado diversos temas y se haya difuminado (por su dispersión y el alcance de su obra) su valor como intelectual de primera fila y que con pleno derecho le corresponde. Una persona que estaba al día de muchas cosas de lo que pasaba por Europa y por el mundo, que estaba al día de la literatura más reciente en muchos de los campos del saber y hay que tener en cuenta el mérito que eso supone en una época donde moverse era tan difícil, pues las comunicaciones no eran lo que son ahora y donde los medios para acceder a la información eran tan escasos.

Toda la grandeza del pensamiento, de la obra y de la acción pública de Costa se acrecienta si tenemos en cuenta sus difíciles condiciones personales. A una enfermedad crónica y degenerativa que se le manifiesta muy temprano, a los 18 años, hay que añadir la pobreza de origen, en la que vivió casi toda su vida, y su soledad. Costa fue un hombre que renunció a un bienestar material, cuando se convierte en oficial letrado (lo que hoy es abogado del Estado) y en notario, por sus aspiraciones intelectuales y su compromiso público, decisión tanto más sorprendente por cuanto Costa era de origen muy humilde. Era el hijo mayor de una familia de pequeños campesinos de Monzón que emigran a Graus y estuvo trabajando en el campo ayudando a su padre hasta que a los 18 años rompió con esa condición familiar con un gran desgarramiento personal, por sacrificar a su familia en favor de su vocación intelectual. Él mismo dijo una vez, en sus últimos años, que era un labriego forrado de intelectual. Ese origen humilde, pequeño-campesino, le hace sentirse molesto en el ambiente intelectual de la capital, de Madrid. Él siempre fue una persona desclasada que no quiso renunciar a sus orígenes, pero a la vez supo que su ambiente natural estaba en el mundo universitario, en el mundo de los intelectuales, en el mundo de la política madrileña, de la política nacional, pero siempre se encontró incómodo e incomprendido.

En 1864 se marcha a Huesca, para estudiar al mismo tiempo que trabaja. Lo hace como criado de un familiar lejano suyo, es el que le lleva el coche de ca-

ballos y por la noche estudia en el Instituto de Huesca. Antes de acabar el bachillerato destaca por sus dotes, por su inteligencia, por su capacidad de aprendizaje, se convierte en ayudante de clases prácticas y por la noche estudia el último curso. Su vocación pedagógica fue permanente siempre.

La vocación modernizadora de Costa se despierta en 1867, cuando marcha a París a la Exposición Universal como obrero de mantenimiento del Pabellón Español. Durante su estancia asume tareas más amplias, como la de guía de la muestra a los visitantes españoles y extranjeros. Allí descubre lo que es la civilización moderna. En la Exposición Universal de París se encuentra con los mayores adelantos de su época y es en ese momento cuando toma conciencia de forma dramática del tremendo atraso de su país, cuando la contrasta con la situación aragonesa y la situación española.

Durante su estancia en París escribe unas crónicas que va mandando a un periódico de Huesca y luego, con esos artículos y otros que elabora después, edita su primer libro: *Ideas apuntadas para España y para Huesca en la Exposición Universal de París de 1867*. Es su primera obra donde intenta ofrecer soluciones a los problemas del atraso económico y social español, ideas que van a estar siempre presentes en el pensamiento de Costa, desde su etapa de juventud hasta el final. Si bien con el tiempo las irá reelaborando, perfilando y desarrollando, las ideas básicas están ahí en ese primer libro y en los escritos de su época.

Costa llega a Madrid en 1869 para estudiar Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad Central, doctorándose en ambas carreras en 1874 y 1875 respectivamente, al tiempo que trabaja y vive en medio de una gran precariedad económica y laboral. Allí encuentra a los que van a ser sus grandes maestros: Francisco Giner, Gumersindo de Azcárate, Salmerón, etcétera. Y encuentra en la filosofía krausista el marco teórico adecuado a sus ideas, además de enriquecer su pensamiento con otras influencias doctrinales. Entre la finalización de sus estudios universitarios y 1890, Costa se convertirá en un intelectual y un profesional de reconocido prestigio, con una intensa y activa vida pública, de investigador y escritor. En 1876 colabora en la creación de la Institución Libre de Enseñanza, junto a los profesores que habían sido expulsados de la Universidad tras la Restauración (1874-1875) monárquica que sucede al fracaso de la Primera República, liderados por Giner de los Ríos. Costa, que en 1874 había obtenido una plaza de profesor supernumerario (contratado, digamos), se solidariza con los expulsados y abandona su plaza y con ello se le cierran definitivamente las puertas de la Universidad, pues, cuando unos años después esos profesores son restituidos en sus plazas, Costa no puede volver a la suya porque no era numerario (funcionario).

La Institución Libre de Enseñanza tendría una gran influencia en la cultura española finisecular y durante la primera mitad del siglo XX hasta la Guerra Civil, creando una gran renovación de los estudios básicos y superiores en España.

Costa participó activamente en ella desde 1880 hasta 1885, como profesor y director de su Boletín. Con Giner de los Ríos siempre le unió una gran amistad personal y un gran afecto, además de considerarle su consejero y maestro, si bien esa relación no estuvo libre de tensiones. Costa no se integró bien en el ambiente institucionista. Tuvo un acomodo difícil, porque él mantuvo siempre, por ese origen pequeño-campesino, una gran sensibilidad social, un mayor sentido de la realidad, una acusada comprensión de las necesidades de las clases más desfavorecidas. Siempre vio con prevención el mundo de los intelectuales, alejados de la realidad y del mundo de la política e, incluso, del mundo de los funcionarios. Fue permanentemente un crítico de aquellos de los que él decía que vivían del presupuesto. Él se negó casi siempre a vivir del presupuesto. Fue pobre toda su vida. Como ya he dicho, llegó a ser notario varias veces y abogado del Estado, estuvo en Cuenca, Fuenterrabía, Jaén, León, Huesca..., pero su mundo, su lugar, debía estar en Madrid, donde podía influir en la vida política y por ello renunciaba a las plazas que obtenía, con lo cual siempre vivió con cierta precariedad. Viendo su despacho en la casa de su hermana en Graus, se perciben las pobres condiciones de su existencia. Es una habitación llena de libros, la de una persona con unas condiciones de vida totalmente modestas y precarias, que a pesar de todo eso, de una enfermedad que se le empieza a manifestar en sus años de juventud y de la cual muere finalmente, que le inmovilizaba muchas veces el brazo y no podía escribir, que a pesar de sus limitaciones físicas, de su soledad profunda, de su incomprensión en muchos aspectos, desarrolló una obra extraordinaria que, como digo, hay que reconocer y reivindicar como una de las grandes obras del pensamiento español contemporáneo.

Se ha hablado, entre sus primeros biógrafos, del infortunio de Costa. Costa tuvo mala suerte, no se pudo casar con la mujer que quería porque la familia de ella era carlista y no la autorizaron a que se casara con una persona que era un librepensador. Se le escamotearon las cátedras, fundó un partido político como alternativa a los partidos de la Restauración, pero se quedó sin partido. En fin, fue toda una sucesión de fracasos personales que le hacen todavía mucho más grande.

Y otro de los aspectos del infortunio de Costa es que su pensamiento fue muy manipulado, como ocurre en el caso de su famosa expresión del «Cirujano de hierro», de la que tanto se ha abusado y se ha malinterpretado, achacándole que está reivindicando la dictadura, como dijo Tierno Galván en un ensayo sobre Costa, al que califica de prefascista, y nada más lejos del pensamiento de Costa. Él, en ese cirujano de hierro, que es un concepto más intuitivo que un elemento doctrinal elaborado, está pensando en alguien que pueda romper el nudo gordiano del caciquismo, que bloquea cualquier intento de reforma social y económica y política profunda del país. Él se vio a veces como ese cirujano de hierro, pero no es la figura del dictador que se impone con un golpe de fuerza, que impone

una limitación de las libertades. Para Costa el concepto de cirujano de hierro tiene que ver más con el concepto que había en la república romana del dictador. El dictador en la república romana era un personaje que el senado de Roma, en circunstancias de crisis o amenaza grave, designaba eligiendo a una persona notable, le daba plenos poderes durante un tiempo limitado para que pudiera atender o resolver la crisis de ese momento; durante ese periodo limitado, era intocable, pero pasado ese periodo podía ser juzgado por lo que había hecho durante ese mandato y volvía a su vida normal. Él se ve también como un personaje al que una movilización popular le lleve a encabezar un cambio de la clase política y con amplios poderes ejecutivos, a la manera del sistema presidencialista norteamericano, para evitar el bloqueo de la oligarquía parlamentaria. Reclama el modelo presidencialista norteamericano, de un ejecutivo fuerte que pueda imponer las reformas necesarias para el país, y no la dictadura, que rechaza sin paliativos. Por lo tanto, la figura de cirujano de hierro no es la figura de un prefascista. Pero fue sobre todo a través de su hermano Tomás, partidario del General Primo de Rivera, como se identifica al dictador con el cirujano de hierro de Costa. Y más tarde, con el propio Franco. A diferencia de estos y de sus políticas de pantanos, la posición de Costa es la de una reforma completa, agronómica, económica y social de la agricultura española.

Hay, por consiguiente, una interpretación forzada de su pensamiento, que es extraña al propio Costa. Otra de esas limitadas interpretaciones es la consideración del programa agrario de Costa, basado en la política hidráulica, como un programa que enfatiza los aspectos técnicos, cuando es todo lo contrario, porque realmente en Costa hay un trasfondo social. Él lo que quiere a través de la política hidráulica, y de otras medidas, es transformar las condiciones de vida materiales de las clases populares posibilitando el acceso a la propiedad, convertir al país en una sociedad de pequeños propietarios que sean libres, autónomos. Él tiene una frase muy importante que cita continuamente desde sus años jóvenes: «Quien controla la llave del estómago, controla la llave de las conciencias», queriendo decir que mientras un pueblo no coma, no tenga educación y no tenga garantizadas las condiciones mínimas de vida, nunca será libre, no podrá ejercer el derecho a opinar, no podrá ejercer el derecho a votar, no podrá usar las instituciones democráticas, no tendrá acceso a los medios para influir en la vida política porque siempre será esclavo de quien le da de comer. Por lo tanto, su lema de «escuela y despensa» quiere decir que se creen las condiciones materiales para que el país sea libre realmente, y que todos sus habitantes sean verdaderos de modo que la democracia no sea algo que está en el frontispicio de las instituciones sino una realidad duradera, no para aumentar solo la productividad, sino para promover un auténtico desarrollo y con él la democracia. Porque el agua fracciona la propiedad, la reparte, hace que los que no tienen propiedad puedan acceder a ella porque aumenta la capacidad productiva. La política hi-

dráulica es una política que tiene una finalidad también política: cambiar la correlación de fuerzas de las clases sociales en el país. Por lo tanto, la política hidráulica no es una política meramente técnica, sino que es una política con una profunda finalidad social, que es lo que no han querido ver intencionadamente los que lo han reclamado en la época de los años veinte durante la dictadura de Primo de Rivera y durante los años cuarenta y cincuenta, sobre todo en la época del franquismo.

Cuando Costa escribe el famoso libro *Oligarquía y caciquismo en España* para criticar el sistema político de la Restauración forjada por Cánovas, España es un sistema parlamentario solo sobre el papel, pues el verdadero régimen sociopolítico de España es la oligarquía de tipo caciquil, que solo tiene la apariencia de un sistema parlamentario y democrático. Y para que deje de serlo, elabora un programa donde da prioridad a las reformas económicas y sociales sobre las reformas políticas. Y para ejecutar ese programa, hay que renovar la clase dirigente sustituyéndola por otra libre de la corrupción del sistema de la Restauración. Para ello convoca a las llamadas «clases productoras», las clases «neutras», las que viven de su trabajo y no de rentas. Costa es enemigo de la renta, de las clases que solo viven de la renta y del trabajo ajeno. Porque para él no hay propiedad legítima más que la que nace del trabajo y esfuerzo personal. Costa busca movilizar a todas las clases productoras, desde los intelectuales a los obreros de la industria y del campo, a los pequeños campesinos y a las clases medias productoras para crear un gran movimiento de regeneración en todo el país.

Cuando Costa muere estaba escribiendo el último libro, que lo dejó sin terminar; era un libro muy significativo, se llamaba *¿Por qué España no tiene aptitudes para ser una nación moderna?* En su análisis de cuáles son esas carencias, esa falta de aptitudes para ser una nación moderna, empieza por la geografía, analizando el territorio y las condiciones geográficas españolas y lo que producen, las dificultades de esa geografía para producir riqueza, hasta llegar a la raza, pasando por las instituciones y por la historia. Es un libro que resume realmente toda su labor intelectual desde el inicio. La idea de Costa como «polígrafo», como persona que se dedicó a muchos temas, que tan pronto estudiaba la cultura de los iberos, que pasaba de la historia antigua a la filosofía del derecho, de los estudios pedagógicos a la geografía colonial, a los estudios geográficos, de los estudios agronómicos a la historia de la revolución española, es decir, esa imagen de dispersión erudita, no le hace justicia. Y en realidad es lo contrario; es decir, cuando uno estudia la obra de Costa en profundidad, se da cuenta de la coherencia de que todas esas indagaciones son mediaciones necesarias para fundamentar su programa de reforma nacional, pues hay que tener en cuenta que en su época no había mucha información. Muchas veces tiene que generar la información original, porque no la hay, y entonces, si necesita profundizar en un aspecto histórico para avalar una tesis o una idea, tiene él mismo que elaborar esa información, ya que el desarro-

llo de las ciencias sociales históricas no era el que tenemos actualmente. Por eso tiene que ponerse él a investigar sobre esos mismos temas, así que supera la condición de erudito. Todas sus investigaciones tienen una finalidad, que se expresa muy bien en ese libro final e inconcluso que debería editarse, aunque no lo llegase a terminar, y que, como digo, resume muy bien todos sus afanes por conocer las condiciones por las que España ha devenido en una sociedad atrasada, en un país pobre que ha perdido presencia internacional, y cuáles son las condiciones o los remedios para salir de ese atraso, de esa postración. Hay que tener en cuenta al Costa de ese momento, que va a morir pronto, cuyo pesimismo sobre el país le lleva incluso a pensar que los problemas importantes de España no residen en otra cosa que en la biología, en una raza que no tiene remedio, lo que es producto de su situación final, enferma. Es curioso que una persona tan distante de Costa, con quien no polemizó porque era mucho más joven, pero que escribió reconociéndole su valía, pero al mismo tiempo criticándole que no entendiese bien cuáles eran los problemas de España, como era Azaña, cuando este escribe su libro *La velada en Benicarló*, un drama teatral donde resume el desastre de la guerra civil, se expresa en términos muy similares a ese pesimismo costiano que ha marcado durante mucho tiempo la forma de mirar el país.

Pues bien, cuando Costa estudia el derecho, cuando estudia la agricultura, cuando estudia la historia española, cuando estudia la situación social de las masas campesinas, sobre todo de los pequeños campesinos y de los jornaleros, está buscando, fundamentando, reuniendo información para proponer soluciones a los problemas del país.

Otra de las cuestiones importantes es que a Costa no se le puede entender bien en toda su profundidad, en toda su amplitud, si no se le estudia desde su obra agraria. La obra agraria de Costa no es un elemento más dentro del corpus del conjunto del pensamiento costiano, sino que es el elemento nuclear, el que ilumina, el que clarifica, el que da sentido al resto de su obra. La obra agraria se podría dividir en dos grandes ámbitos. Por un lado, una obra más de tipo agronómico, por decirlo así, que se preocupa por los cambios técnicos y por los cambios en la actividad agraria; y, por otro, una obra más social, que trata sobre la reforma social agraria. España en la época de Costa era una sociedad eminentemente agraria, eminentemente rural; por lo tanto, la respuesta a los problemas del país, a la cuestión social, pasa, para Costa, por la cuestión social agraria. Y por cuestión social se entendía la situación dramática, de extrema pobreza, de miseria, de una parte importantísima, mayoritaria, de la población española, que era la población de los obreros del campo, fundamentalmente, y del pequeño campesinado. No puede haber desarrollo, no puede haber modernización del país, si no se aborda el problema de las condiciones de vida de las masas jornaleras, que eran la mayoría inmensa del país en ese momento, si no se aborda el

problema de las condiciones de vida del pequeño campesinado. Y para abordar ese problema, Costa plantea una cuestión que es tremendamente novedosa en su momento, que es la crítica a lo que él llamaba la «centralización de la propiedad», según su propia terminología, que no es otra cosa que la existencia del latifundismo.

En sus escritos de 1868-70 sobre el catastro y la cuestión de la propiedad, que se daban por perdidos y que descubrimos el profesor Alfonso Ortí y yo en su archivo de Graus, se encuentran las verdaderas ideas de Costa sobre la propiedad, que son las mismas que las que verterá, en sus años finales, en su obra sobre colectivismo agrario. Unos escritos inéditos, que estaban en hojas manuscritas, que iluminan después muchos aspectos del pensamiento de Costa, los cuales, para algunos autores, no se entendían bien. Pensaban que Costa nunca se planteó el tema de la concentración de la propiedad, lo que llamaba la centralización, y que había optado por vías, por soluciones puramente técnicas, como la política hidráulica, tal como se ha entendido y, en nuestra opinión, de forma equivocada. Esos textos demuestran la continuidad del pensamiento costiano, desde el joven Costa de finales de los años 60 al Costa final de la primera década del siglo XX; ambos, el joven y el viejo, critican de la misma manera la gran concentración de la propiedad en pocas manos, lo que luego tendrá gran influencia en todos los reformadores importantes españoles del siglo XX y que llega hasta la Segunda República. Pascual Carrión, el artífice doctrinal y técnico de la Ley de Reforma Agraria del año 32, se declaraba y reconocía como un profundo seguidor de Costa. Hay una crítica al sistema de la concentración de la propiedad, a la historia, a cómo se ha llegado a esa situación, y en ese proceso es un crítico feroz de la desamortización, de las leyes liberales que en el siglo XIX hicieron que se pusieran a la venta todos los patrimonios, no solamente el del clero, sino sobre todo (y era lo que más le preocupaba) también de la propiedad comunal y municipal, para justificar la escasez de recursos de la hacienda pública. Y esas desamortizaciones, la civil y la eclesiástica, hicieron que empezase la decadencia de gran cantidad de municipios, la mayoría de los municipios pequeños del país, porque perdieron la fuente principal de sus rentas, y, según el, con la desaparición de las propiedades comunales, desaparece «el seguro de los pobres». En los sitios donde había una gran propiedad comunal, había instituciones y recursos para que, a través del reparto anual de tierra en uso, no en propiedad, mucha gente que no tenía tierra pudiera acceder a las suertes de la propiedad comunal que se repartían periódicamente, y pudiera acceder a medios de subsistencia. Costa no solamente deslegitima el sistema de propiedad que se había configurado a lo largo del siglo XIX, sino que también defiende el derecho y la legitimidad del Estado, en nombre del interés general, a intervenir en el sistema de propiedad, sin tener posiciones comunistas o socialistas, posición que, en el contexto

político e ideológico de su época, era una especie de pecado inaceptable, pues en el contexto liberal del momento la propiedad era una cosa sagrada.

Cuando publica su libro *Colectivismo agrario*, lo que está haciendo es buscar primero los fundamentos doctrinales que justifiquen sus propuestas reformistas, encontrando una tradición española de pensadores, desde el padre Mariana hasta Flores Estrada, que ha defendido que la propiedad privada tiene límites, que hay una función social que se debe imponer al uso y abuso del derecho de propiedad, y que esa idea cuenta con una tradición de pensamiento español original que es lo que llama la escuela sociológica española. También encuentra en pensadores extranjeros los referentes ideológicos y doctrinales que fundamentan sus posiciones. Pero detecta asimismo, y eso le lleva a estudiar las instituciones sociales tradicionales, ejemplos en la realidad social de su época, en el mundo rural, instituciones que funcionaban bien y que proporcionaban medios a las condiciones de vida de las poblaciones rurales. Él intenta reconstruir y reutilizar esas instituciones tradicionales, que ha estudiado previamente de una forma muy moderna haciendo trabajo de campo. En ese sentido los antropólogos españoles le reconocen como uno de los precursores de la antropología, porque se va a estudiar sobre el terreno y por la metodología que utiliza, que era una metodología que estaba imponiéndose en Europa, ya que estaba al día de las técnicas de la investigación social. Intenta reconstruir todo ese patrimonio institucional y ponerlo al servicio de la modernización, algo que estaban haciendo los populistas rusos de su época y que era objeto de un gran debate teórico y doctrinal en Europa. Costa intenta conciliar tradición y modernidad; quiere un progreso del país pero que no sea negando, rompiendo con lo mejor del pasado. Él pretende siempre conciliar extremos que aparentemente son opuestos, se propone utilizar lo mejor del conocimiento científico, los adelantos de la ciencia y la tecnología de su época, pero es un valedor, un defensor del conocimiento popular, tradicional, y lo que busca es un encuentro entre esos dos saberes, entre el saber popular y el saber científico. No quiere que el saber científico niegue todo ese patrimonio, toda esa cultura de saber hacer, de manejo práctico, que, sorprendentemente, enlaza con orientaciones recientísimas de la sociología de desarrollo, las cuales están defendiendo posiciones muy similares a las de Costa, al intentar aprovechar el capital de conocimientos de las culturas tradicionales que han demostrado una viabilidad con el entorno, sobre todo desde un punto de vista ambiental. Costa, por tanto, pretende, y esa es la grandeza y dificultad de este pensador, conciliar cosas que son difícilmente conciliables pero, independientemente de que tuviera más o menos éxito, demuestra primero la originalidad y la modernidad de su pensamiento, y también el haber sido un adelantado en muchos aspectos a su época. Incluso, en un momento dado, defiende una política colonial moderna al estilo inglés. Cuando se da cuenta de que España ya ha llegado tarde a tener una presencia internacional, colonial, importante, reclama que España se repliegue, que

se concentre en la colonización de su propio territorio mediante la mejora, la regeneración de la geografía de la patria a través de la política hidráulica.

Costa era partidario de un Estado fuerte, pero mínimo, no burocratizado, eficaz, intervencionista en la cuestión social, manifestando un concepto moderno del mismo, pudiéndosele considerar como un precedente de la defensa del Estado del Bienestar. No es un Estado del dejar hacer sino un Estado intervencionista. Costa defiende un sistema republicano y federal, concediendo una gran autonomía a los municipios y a las regiones, pero entendiendo que no hay más que un proyecto nacional: España. Tiene concepción plural de España, pero es crítico con los nacionalismos periféricos y con el nacionalismo español conservador. Hombre de profunda sensibilidad religiosa, no era católico, sino un heterodoxo, un cristiano racionalista que defiende de forma contundente la separación de la Iglesia y del Estado y una escuela pública laica, pero nunca fue un anticlerical radical, sino un crítico del intervencionismo excesivo de la Iglesia en los asuntos públicos. Fue un defensor de la libertad de conciencia.

Y termino con un texto donde se ve muy bien la utopía de Costa en sus aspectos, en sus luces y en sus sombras, pero que es de una gran belleza literaria:

... y así domadas las fuerzas de la Naturaleza, unido a ella el labrador en fraternal abrazo, fenecida la lucha por la existencia, podrá ya penetrar dentro de sí mismo y departir con Dios en el misterioso locutorio de su conciencia; sentirá los divinos goces de la familia, vivirá en todos los climas y cambiará su pensamiento con todas las razas en el teléfono y en el telégrafo, y gozará de ese maravilloso espectáculo, de movilidad y belleza infinita, con el cual no hay magia que pueda compararse, que es la Naturaleza, y leerá en ese libro más elocuente que los más elocuentes libros humanos, y no serán para él cuadros mudos la esplendorosa salida del sol precedida de las rosas del alba y la música indefinible de las esferas. Entonces la casa y el campo serán un verdadero reino y el labrador dentro de él, soberano, rehaciendo la poética leyenda del Paraíso. Entonces la libertad no será como ahora, un nombre, sino el producto vital y como el aliento de la sociedad. Entonces la semana tendrá siete domingos para el labrador y el año será una perpetua primavera y un festín eterno. Entonces se cerrarán las cárceles y los presidios, porque habrá concluido el reinado de la miseria y de la ignorancia.